

## Acoger, escuchar y acompañar a personas LGBTI

**MARÍA LUISA BERZOSA, FI**  
mlberzosa@gmail.com

María Luisa Berzosa es una religiosa española, de la Congregación Hijas de Jesús ("Jesuitinas"), y directora de Fe y Alegría en España. Participó en la Comisión de Expertos en la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, celebrada en Roma del 3 al 28 de octubre de 2018, siendo la única religiosa española presente en el encuentro.

En mayo de 2019 fue nombrada por el papa Francisco consultora de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos.

### Introducción

Antes de comenzar, quiero hacer una confidencia de tono personal: escribir para una revista de pastoral juvenil publicada por los salesianos de Don Bosco es una tarea que me llena de gran alegría, ya que fui alumna de la Universidad Salesiana de Roma, donde estudié Ciencias de la Educación, con especialidad en Pastoral Juvenil.

Desde entonces han pasado ya muchos años, pero el recuerdo ha dejado en mi corazón una huella indeleble, una marca colmada de agradecimiento y de cariño por los aprendizajes recibidos en sus aulas y, sobre todo, por el ambiente de relaciones familiares tan al estilo salesiano, por el rigor académico en medio de la fiesta y la jovialidad que siempre se respiraba, por el trabajo intenso de profesores y alumnos con esa dedicación generosa y agradable. Todo ello contribuyó a que los

aprendizajes germinaran desde y en el corazón antes de pasar a la inteligencia.

Y es que el corazón tiene razones que la cabeza –sobre todo, nuestra cabeza occidental, atestada de categorías, silogismos, dogmas y anatemas– no entiende (o no quiere *entender*, si se me acepta el juego de palabras).

Con mi pequeña colaboración en esta revista no voy a embarrarme en un debate filosófico, dogmático o teológico; tan solo pretendo volcar en las páginas que siguen algo de mi experiencia (de mi corazón compartido) con las personas LGBTI, por si sirviera de ayuda a pastoralistas, tutores, profesores, familiares, catequistas o animadores de grupos a la hora de enfrentarse a este delicado, pero apasionante tema, de la diversidad sexual, no tanto de manera teórica, sino encarnado en los adolescentes y jóvenes a los que educan, tutelan o acompañan; de modo muy particular a aquellos que viven con angustia, tristeza,



miedo y desorientación una afectividad que los hace diversos y que nos necesitan mucho más porque andan como ovejas sin pastor, a merced de los lobos.

## 1. Mi experiencia con personas LGBTI

En mis años jóvenes, antes de entrar en la congregación religiosa a la que pertenezco –Hijas de Jesús, de espiritualidad ignaciana, dedicada a la educación– fui funcionaria administrativa del Ministerio de Información y Turismo, en Madrid; mi lugar de trabajo era la Dirección General de Cine y Teatro y más concretamente la parte de teatro, donde compartía mi función con otras mujeres mayores que yo que me ayudaron mucho a meterme en mi tarea, siendo yo una chiquilla que llegaba a la capital desde Valladolid, recién aprobadas unas oposiciones.

El trabajo era apasionante; tenía que ver en gran parte con la puesta en escena de obras en los teatros oficiales de entonces: el Español para nuestros clásicos y el María Guerrero para autores contemporáneos.

En aquel tiempo pude disfrutar de –y aficionarme a– un teatro excelente a pesar de la censura, que no era tal en los contenidos sino en el vocabulario y poco más; los actores y actrices, los empresarios y directores de obras escénicas eran de una calidad excepcional.

En aquel ambiente las personas homosexuales<sup>1</sup> eran bastantes, pasaban por nuestros despachos y nos invitaban al teatro; verdaderos

<sup>1</sup> Hablo aquí de “homosexuales” porque, en aquella época, era la etiqueta prevalente, especialmente para hablar de varones gays (y más raramente de mujeres lesbianas). La noción de orientación sexual era aún desconocida, especialmente para referirse a la bisexualidad, la transexualidad (confundida con travestismo), etc.

artistas, muy respetuosos y de unas formas exquisitas en las relaciones interpersonales.

Por supuesto la homosexualidad era un tema tabú del que no se podía hablar, pero conocí de manera muy directa a estas personas *diversas*. Puedo decir que me familiaricé con ellas sin tener en cuenta su orientación sexual; por eso siempre quizá en mi historia ha prevalecido la persona como tal, independientemente de todo lo demás.

Bastantes años después, ya dentro de la Congregación, en la que me preparé para orientar Ejercicios Espirituales, acompañamiento espiritual personal y otras actividades cuya raíz es la espiritualidad ignaciana, seguí encontrándome con muchas otras personas con orientación sexual diversa que acudían a las más variadas actividades.

Muchos años de mi vida como religiosa los he dedicado a acompañar a adolescentes y jóvenes. Ahora lo hago más con adultos, pero la pasión por esta *misión joven* me sigue habiendo. Cada vez que acompaño a una persona LGBTI me vuelve el recuerdo de las conocidas en el ambiente teatral; de ahí que siempre haya procurado que prevalezca en mí el encuentro con las personas como tales, sin interponer otros adjetivos que las calificaran.

## 2. Comunidad de cristianos LGBTI - CRISMHOM

En mis años de experiencia pastoral en Buenos Aires, y más tarde en Roma, tuve la oportunidad de acompañar personas con diversa orientación sexual—mujeres y varones laicos, religiosos, sacerdotes...— que trabajaban en todos los ámbitos de la vida intra y extra eclesiales que podamos imaginar, ya fuera en el Vaticano, en parroquias, en casas de formación, en centros educativos de todos los niveles, en la universidad, en movimientos con compromisos socio-políticos, religiosos...

El mero hecho de que llegaran buscando acompañamiento era señal de que se decidían a hablar de toda su realidad personal, pero no siempre estaba bien identificada su identidad sexual y costaba entrar en esta esfera, ponerle nombre y sobre todo que se aceptaran a sí mismos. Cuando al fin se daba este primer paso, venían otros escenarios no menos difíciles a los que enfrentarse: familia, amigos, ambiente laboral...

### 2.1 La raíz del conflicto

Por si esto no resultara suficientemente traumático, cuando se trata de personas cristianas hay otra barrera que superar: entre las mismas personas LGBTI no siempre es fácil hacer compatible una vida de fe cristiana con una orientación sexual diversa. Y, aun cuando se logra compatibilizar fe y vida, llega—más pronto que tarde—el momento de asumirse ante la comunidad, el grupo de referencia (de catequesis, de animación, de pastoral) o la parroquia. Es el único modo de vivirse plenamente, en verdad, sin tapujos, como cristianos LGBTI ante el resto de la comunidad. Sin esta sinceridad es imposible sentirse en comunión.

Pero las cosas no son nada sencillas, pues el conflicto está casi asegurado. Cuando se encuentran frente a una comunidad que no acepta (rechazo, hostilidad abierta con invitación a abandonarla), o que pone cortapisas (desde que se oculte tal condición hasta proponer que se participe en “terapias” de reconversión), o que simplemente no sabe responder adecuadamente (especialmente porque los párrocos o acompañantes son mayores y esta cuestión les supera), se produce en la persona con diversidad sexual un conflicto interno marcado por una doble tentación.

### 2.2 Evitar dos tentaciones

La primera es la de renunciar a su modo de vivir y expresar su sexualidad con tal de permanecer en la Iglesia; una Iglesia que consi-

dera su diversidad como “objetivamente desordenada” o “contra natura”, como se recuerda recurrentemente en textos y declaraciones más o menos oficiales. Esto fuerza a la persona LGBTI a ocultarse –o a engañar(se)–, a asumir una sublimación de la afectividad y una continencia del deseo sexual que no todos pueden alcanzar (ni siquiera los heterosexuales; ¡esto ya lo sabía san Pablo!) y que no pocas veces provocan unos dinamismos internos de compulsión, culpa y represión patológicos<sup>2</sup>.

La segunda tentación es la de renunciar a la identidad cristiana o vivir la fe aisladamente en el mundo LGBTI, donde predomina un claro anticlericalismo y un ateísmo militante –mal llamado laicismo– que genera angustia, terror y abatimiento en quien vive una crisis de fe. No es fácil reconocerse creyente (menos aún católico) ante otras personas LGBTI que pueden haber sido víctimas de insultos, abusos, acoso y hasta violencia durante su infancia, adolescencia o juventud en escuelas católicas, grupos scout, parroquias, movimientos, etc. por su orientación sexual, y que no han encontrado amparo en los adultos que los tutelaban<sup>3</sup>. Hay personas LGBTI que han per-

dido amistades o han visto fracasar relaciones incipientes al reconocerse creyentes, o que han sido ridiculizadas o insultadas en el mundo real o en de las redes sociales por definirse abiertamente como LGBTI y cristianos.

El riesgo de ser rechazado, por tanto, es altísimo, incluso en una sociedad tan avanzada y plural como la española. Y eso deja unas secuelas evidentes, un dolor profundo, un estigma en lo más profundo del ser humano, especialmente en la etapa de la adolescencia, que puede marcar para toda la vida. Quienes acompañamos a personas LGBTI no podemos dejar de lado todos estos aspectos.

### 2.3 Mi presencia en Crismhom

Con ese recorrido entré en contacto con *Crismhom*, Comunidad de Cristianas y Cristianos de Madrid LGBTI, inquieta por acompañar personas individuales que intuía necesitaban un espacio comunitario donde poder vivir su fe sin dificultad por su orientación sexual.

Comencé a participar en sus encuentros de oración, celebraciones, espacios de formación, convivencias... y fui descubriendo una verdadera comunidad que se aglutina en torno al Señor Jesús. Cuando me pidieron dar charlas sobre acompañamiento y otros temas y fui escuchando sus historias íntimas y profundas, caí en la cuenta, una vez más, de que estaba ante personas que sufrían marginación, como he dicho antes, a veces de parte de la Iglesia, otras de sus entornos familiares, laborales, a veces de ambos... y sentía su dolor.

Cuando su discurso se centraba en el peso de las leyes y las normas, en las malas experiencias con personas rígidas que habían hecho de la ley la vida, algo me decía por dentro que mi acompañamiento personal y grupal debía ser desde el Evangelio, la única “ley” para la persona cristiana; que en ningún caso se justifica el rechazo y la marginación. La perso-

<sup>2</sup> Así, encontramos numerosos casos de depresión y alcoholismo, una elevada tasa de suicidios, y también comportamientos ejemplarizantes nada caritativos (como la homofobia interiorizada de quienes, viviendo una angustiada continencia, se proponen como modelos y se sienten superiores a los homosexuales que viven su afectividad gozosa y plenamente; en definitiva, un fariseísmo más). La lectura del libro de Juan Ruiz que sugerimos al final es un testimonio desgarrador que ejemplifica lo que él denomina “infierno”, un infierno cuyas llamas se atizan en nombre de Jesús... ¡el que es Buena Noticia!

<sup>3</sup> Dada mi cercanía al mundo del teatro, quiero resaltar dos obras estrenadas recientemente en Madrid que reflejan este conflicto vivido en la adolescencia con la iglesia: *La golondrina*, de G. Clua, que es un tenso diálogo entre una madre de fuertes convicciones católicas y el novio de su hijo, asesinado en un atentado en una discoteca gay, y *Here comes your man*, de J. Cadellans, donde se aborda el tema del acoso escolar que sufrió un exalumno gay de una escuela religiosa. Son interesantes precisamente por ese grito de rabia que nos lanzan a la comunidad cristiana.



na en el centro del mundo no podía ser considerada solamente desde el prisma reductivo de su orientación sexual.

Con el paso del tiempo nuestras charlas se fueron orientando hacia conocer más y mejor el Evangelio: las actitudes, gestos y palabras de Jesús. Así fuimos contemplando juntos que en cada pasaje del evangelio donde hay un encuentro con Jesús la persona que acude a Él llega hundida, desastrada y marginada... pero después todas regresan a la vida recuperadas, con esa sanación que dan el amor incondicional y el perdón. A la persona hay que acogerla como sustantivo, dejando de lado todo lo que es adjetivo. Por desgracia, a veces invertimos estos términos y el resultado es muy lamentable.

#### **2.4 Conciencia evangélica y relación con el Dios de Jesús**

También voy aprendiendo, en mi tarea de acompañamiento en general y a las personas LGBTI en particular, cuánto necesitamos

desarrollar nuestra conciencia, pues no hemos sido suficientemente formados en esta dimensión irrenunciable de la persona. En el campo religioso y moral (sobre todo en la moral de la sexualidad) se ha impuesto la “norma” y no se ha tenido en cuenta la propia conciencia, algo que se despertó con mucha fuerza en la moral posconciliar y que nunca debimos dejar caer en el olvido.

A los católicos aún nos cuesta asumir decisiones en conciencia, confrontando nuestras opciones con las leyes de la Iglesia y del Evangelio. Parece que ha quedado internalizada en las nosotros una moral que ofrece mandatos sobre cómo actuar, y cuando no se hace así aparece la culpabilidad –esa especie de freno que no nos deja avanzar–. Soy testigo de todo esto en no pocas ocasiones y me duele que, como Iglesia, como acompañantes, hayamos caído en estas situaciones.

A fuerza de pasar por Crishmom, varias personas me han pedido acompañamiento espiritual. De modo personal, por supuesto, pero

enraizadas en esta comunidad, lo cual ya es un punto de partida muy positivo. Quiere decir que la persona que ha llegado ahí está identificada y aceptada en su dimensión LGBTI y en su fe cristiana.

Así escucho experiencias personales que en otro momento han sido “indecibles” porque no había manera de expresar los variados sentimientos de su corazón: ansiedad, temor, angustia, oscuridad...

Voy descubriendo, y afortunadamente también la persona acompañada, que su ser humano no comienza ni termina en esa dimensión,



no se reduce a ello, sino que se revela la totalidad de otras muchas dimensiones y por tanto su riqueza. Hasta que se llega a la aceptación propia es como si todo estuviera teñido solamente por esa dimensión sexual.

No es menos importante ayudar a redescubrir y reformular la imagen de Dios, a veces muy distorsionada por lo dicho anteriormente, a pasar de un Dios-juez implacable, castigador, bien identificado en el Antiguo Testamento, a un Dios Padre-Madre de misericordia y perdón, como aparece en el Evangelio. Es el programa de vida, es la referencia fundamental para quienes nos llamamos cristianos y queremos serlo no solamente de “cumplimiento”, sino de verdad en nuestra vida.

Como sociedad, en nuestra nación hemos vivido una religiosidad impuesta, inherente al haber nacido en este país en una determinada etapa histórica, y descubro –sobre todo en la escucha de las personas acompañadas– que eso, a pesar de los muchos cambios que se han dado y se seguirán dando, ha dejado una huella difícil de borrar: siguen aún presentes las culpabilidades, la imagen distorsionada de Dios, la sacramentalización casi como rito social (pero no la evangelización), o la insistencia pertinaz en la moral sexual (donde todo es “materia grave”) pero no tanto en la moral social...

Esta manera de entender la religión no lleva a la fe como relación con Dios sino que es normativa, lo cual no ayuda a crecer y menos a hacer opciones personales en y desde la propia conciencia. La relación con Jesús, para ser tal, tiene que ser confiada y sanadora, y fructificar en una vida nueva. Vida abundante, vida que es don, vida que vale la pena ser vivida y que es valiosa en sí misma.

Es este, y no otro, el mensaje central que busco transmitir en el acompañamiento a personas con diversidad sexual que son cristianas y desean seguir creciendo en su fe vivién-

dola en comunidad, y que también tienen que soportar las críticas y la incompreensión de otros compañeros de camino que no ven compatible las dos cosas.

Es la comunidad quien nos ayuda a vivir estas dimensiones de modo integrado siempre a la luz del evangelio, como venimos diciendo. También en Crishmom hay un grupo de jóvenes que tiene su propia dinámica, otro de padres y madres creyentes de personas LGBTI, grupos de fe y revisión de vida... Todos forman parte de esta comunidad ecuménica, creyente y acogedora que no se cierra en sí misma –sería caer en la tentación de convertirse en *ghetto*–, que ayuda hacia dentro y es testimonio hacia fuera.

### 3. Cómo acercarse al mundo LGBTI

Cuando por nuestros servicios educativo-pastorales nos acercamos a adolescentes, jóvenes o adultos, no podemos olvidar que estamos hablando de diversidades en muchos campos: familiares, socio-políticas, religiosas, y también de orientaciones sexuales.

Es un aviso previo porque, quizá de manera más o menos inconsciente, podemos aproximarnos con nuestros esquemas, más homogéneos, más “como siempre ha sido”... sin caer en la cuenta de que hoy y aquí, nuestra sociedad y yo diría, en un nivel más universal, el mundo que nos toca vivir es tremendamente plural.

Si vamos con la mente y con el corazón abierto a ponernos al lado de la persona a quien deseamos acompañar, nos ayudará el no fijarnos en primera instancia en sus adjetivos sino en el sustantivo: es una persona, un ser humano, un hermano, una hermana; después ampliamos su identidad: es de otro país, de color distinto, de una cultura que puedo desconocer, habla quizá un idio-

ma diferente, es homosexual, es musulmán, es heterosexual, es lesbiana, es cristiano, es no creyente...

Y todo el conjunto de esa persona es muy rico, se nos escapa a primera vista; por eso aproximarnos con actitud abierta es el primer paso y fundamental para cimentar la empatía, el diálogo, la escucha, el intercambio que enriquece.

Por tanto, yo no haría un “grupo aparte” del colectivo LGBTI, pero sí que tendría en cuenta algunas actitudes que pueden ayudar:

- *Acogida empática.* Sin prejuicios ni ideas preconcebidas; alejar todo aquello que dentro de mí suponga rechazo, a veces muy sutil.
- *Transparencia.* Mostrarme como soy, de forma directa y transparente, sin tener que aparentar nada.
- *Sinceridad.* En mis palabras y en mis gestos, sin buscar lo que la otra persona quiera escuchar.
- *Observación.* Prestar mucha atención para ver o intuir si la persona desea ser acompañada, y de qué manera.
- *Apoyo.* Es fundamental ayudar a que el adolescente o el joven, si no está definido en su orientación sexual, pueda identificarla y se acepte tal como es. No es fácil, hay que estar atentos también a su mundo familiar, de amigos, compañeros, donde quizá no haya tanta acogida, por lo menos en un primer momento.

Como educadora sé por larga experiencia cuánto nos influyen en la edad adulta las experiencias vividas en nuestra adolescencia o juventud. Por tanto, todo lo que podamos hacer en ese sentido será sembrar futuro; es decir, ayudar a que la persona vaya atravesando del modo más pleno posible sus distintas etapas de este itinerario que es la vida y cuya plenitud pasa por aceptarse y quererse como somos cada uno y cada una.

#### 4. Conclusión... inacabada

El camino futuro, que ya es *aquí y ahora*, no es otro que el de ser testigos creyentes de ese Jesús amor-compasión-perdón para que las personas LGBTI puedan ser evangelizadoras dentro de su ambiente y en otros, incluida la misma Iglesia: integración en parroquias, en servicios diocesanos... no ser grupo distinto y marginado, sino incluido en toda realidad de la vida.

Creo que hoy la acogida e inclusión de toda diversidad es un signo de los tiempos y un imperativo fuerte para quienes deseamos vivir al estilo de Jesús y ser colaboradores y colaboradoras con Él para hacer que el mundo sea conforme con lo que sueña para todos los seres humanos.

La bandera del arco iris que simboliza el colectivo LGBTI es el mejor símbolo de lo que estoy diciendo: la inclusión y la diversidad. No puede faltar ningún color porque entonces el arco iris estaría incompleto; ninguno puede quedar al margen, sino que tiene que situarse pegado a los otros, signo de una diversidad

que suma. Todos somos necesarios como los miembros en el cuerpo: unión en la multiplicidad que es una riqueza, no una amenaza.

Y la realidad mejor es que todos y todas somos amados incondicionalmente por ese Dios Padre y Madre; por tanto, podemos caminar erguidos, no doblados por pesos que se nos van colgando en la historia de nuestra vida y que nos impiden la alegría de la vida en plenitud.

Ser educador/a, animador/a o acompañante, no quiere decir otra cosa que ayudar a que la persona vea las múltiples capacidades que guarda en su interior, quizá adormecidas, para que cuando abra los ojos se dé cuenta de que puede volar, de que está hecha para las alturas.

Ayudar a desplegar las alas, ofreciendo buenas raíces, es lo más apasionante de la vocación de educar, de acompañar, de escuchar, porque otorga autonomía libre a cada ser humano, con la libertad que también Dios nos regala y que no discrimina a nadie por nada, tampoco por la orientación sexual.

MARÍA LUISA BERZOSA, FI

#### BIBLIOGRAFÍA PARA PROFUNDIZAR EN EL TEMA

Se proponen aquí unas pocas lecturas en las que son las personas LGBTI cristianas las que exponen su propio testimonio. No se trata de libros de teología ni de moral: son biografía y vivencia que conmueve hasta lo más hondo de las entrañas. Son buenos libros para entender a quienes acompañamos.

**GONZÁLEZ RUIZ, JUAN**, *En tránsito del infierno a la vida. La experiencia de un homosexual cristiano*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2002.

**ALISON, JAMES**, *Una fe más allá del resentimiento. Fragmentos católicos en clave gay*, Herder, Barcelona, 2003.

**COLLECTIF DAVID&JONATHAN**, *Les homosexuels ont-ils une âme?*, L'Harmattan, París, 2008.

**ROMERO BUCCIARDI, PABLO**, *Caminos de reconciliación. Diez historias de fe y amor LGBTI*, PPC, Madrid, 2020 (de próxima aparición).